

ginalidad que ofrece su estudio que supone una reforma interesante frente a las antologías tradicionales y constituye una valiosa aportación a los cursos que en literatura del siglo XIX se enseñen.—E. R.-F.

FITZSIMONS, Mc AVOY y O'MALLEY: *La imagen del hombre*. Editorial Tecnos, Madrid, 1967; 503 pp.

El tema del hombre no aparece de un modo unívoco y claro en la filosofía. Su historia, ha escrito Julián Marías, presenta inesperadas dificultades, porque lo problemático en él no son las soluciones, sino el problema mismo. Sólo lentamente, a lo largo del tiempo, se va cobrando conciencia de la cuestión que plantea la extraña realidad del ente humano. Podríamos, pues, afirmar que el tema del hombre conserva una actualidad, una vigencia y una permanencia tan seductora, sugestiva y atrayente que difícilmente no hay arte, no hay tarea intelectual, sociológica o política, que no tenga como finalidad principal la de estudiar algunos de los muchísimos aspectos de la vida del hombre, puesto que sabido es que todas las cosas, al fin cosas humanas, están, en última instancia, como todo lo humano, al servicio de la vida, es decir, a disposición del hombre.

El hombre se puede estudiar a través de las cosas y a través de las instituciones, esto es, tras el prisma de cuanto sucede como intérprete más o menos voluntario de lo que llamamos vida, por eso, dentro de la extensa unidad de la naturaleza humana, cada uno de los hombres es de características tan originales que muerto un hombre desaparece, ha escrito Fernández del Valle, una interpretación original de todo el universo. No basta señalar el puesto del hombre en el universo, menester es precisar su relación con la realidad última metafísica y buscar el sentido a su existencia. Y esta existencia, desde luego, no es sólo la individual, sino también la histórica y la social.

Nada tiene de sorprendente que en la mayor parte de las páginas del libro que comentamos nos sea dado apreciar y sentir la corriente de un nuevo Humanismo. Un Humanismo que trata de descubrir el lugar que actualmente le corresponde al hombre, puesto que la herencia ideológica que nos ha dejado el pasado no nos ha ofrecido una imagen nítida, clara y pura de todo lo que es el hombre. Algunos de los autores que han colaborado en las páginas de este libro—es obra de esfuerzo colectivo—, consciente o inconscientemente, han ini-

ciado un retorno hacia el sentido filosófico y hondo de lo que todo movimiento humanista da a entender, pues se han dado cuenta de que, por ejemplo, la negación de Nietzsche del hombre no es propiamente tal: sino negación del hombre moderno, es decir, del Humanismo. Por tanto, escribe Jacques Maritain—uno de los coautores del libro—, «el elevado contra-humanismo de un Kierkegaard o de un Barth puede considerarse como una postura cristiana errónea. Particularmente, en Barth es una postura reaccionaria y arcaica, en tanto que significa un deseo de purificación absoluta mediante una reversión al pasado; en realidad, una vuelta al luteranismo primitivo. En Nietzsche era más bien un cristianismo aturdido: incapaz ya de adorar, negaba y blasfemaba, y, no obstante, todavía buscaba y amaba».

El Humanismo nuevo debe ser nuevo, nos indica el autor anteriormente citado, en un sentido singularmente profundo: debe desarrollarse dentro del movimiento de la historia y crear algo original en relación con estos siglos anteriores a nosotros; si no tiene tal fuerza renovadora, no será nada. El nuevo Humanismo, insiste Jacques Maritain, ha de resumir, en su clima purificado, todo el trabajo de la época clásica; debe rehacer la ciencia del hombre, encontrar la rehabilitación y la «dignificación» de la criatura, no es el aislamiento, no es el hermetismo propio, sino en su expansión hacia el mundo de lo divino y suprarrazional. Este nuevo Humanismo que desde estas páginas se predica aconseja el esforzarse por lograr un conocimiento profundo del hombre, pues, como afirma Adler, «los hombres vivirían juntos mucho mejor si fuese mayor su conocimiento del hombre, porque desaparecerían ciertas formas perturbadoras de la vida en común, que únicamente son ahora posibles para conocernos, estando así expuestos al peligro de dejarnos engañar por cosas externas e incurrir en desfiguraciones y disimulos de otras». Claro está que, en el fondo, este nuevo Humanismo requiere el ejercicio de toda una intensa labor pedagógica; no en vano el conocimiento del hombre no estriba en sabiduría de libros, sino que ha de aprenderse prácticamente, por lo que es menester vivir cada fenómeno, por decirlo así, recibirlo en uno mismo, haber acompañado al hombre a través de sus alegrías y de sus ansiedades, como el buen pintor vive los rasgos de la persona que quiere retratar y sólo pone en el cuadro aquello que siente de sí mismo.

Ciertamente, el hombre, según Nicol, es el ser que no se completa nunca. Su ser consiste justamente en ser incompleto siempre. Para él, completarse es dejar de ser: morir. Su existencia consiste en irse completando indefinidamente. Su ser importa siempre una potencia. No hay acto que agote enteramente la potencia vital humana:

siempre hay un mañana, y la potencia o posibilidad de nuevos actos que no sean la pura reiteración de otros ya realizados. Y, en efecto, ese anhelo de perfección se lleva, en algún modo, a las mismas instituciones que condicionan, ordenan y someten su propia existencia. El hombre de hoy conoce muy bien estos problemas, por tanto, no ignora que frente al hombre está la sociedad y la historia; la política y la religión y, desde luego, la intimidad y sus problemas espirituales. Y cada una de estas circunstancias en las que el hombre vive y está no admiten determinismo de clase alguna, por el contrario, son valores que alcanzan su autenticidad, su validez y justificación cuando entran en juego con los demás, es decir, con el prójimo que, por otra parte, es una incógnita, un misterio, un enigma, ya que de primera intención el hombre no conoce a los demás hombres, aunque, naturalmente, «un mismo afán de salvación impera en la vida privada y en la vida pública de los hombres» y, según la expresión colectiva de los diferentes autores de este libro, el hombre puede salvarse entre los hombres y entre las cosas.

La *Imagen del hombre* no es un libro de divulgación pedagógica ni, por supuesto, de espiritualidad. Es un libro que nos enseña a ver con naturalidad y ecuanimidad la historia misma del hombre, sus anhelos, sus ilusiones, sus conquistas y fracasos, sus proyectos constantes y sus posibilidades de trascender. Lógicamente, no se trata de un libro redactado bajo el imperio de unos mismos principios, es decir, unos mismos ideales, por el contrario, es un libro que plantea, estudia y profundiza en uno de los más grandes temas humanos, a saber: *el tema del destino universal* que, quiérase o no, es el tema de la liberación del espíritu creador del hombre que envuelve y subraya la vida toda, puesto que el hombre deja de hacer pie en la realidad cuando pierde su creencia en los valores, es decir, cuando deja de confiar en el hombre mismo. Es precisamente por esto que el grave error del marxismo fue el considerar que *la realidad de la Historia es dialéctica*, y, por tanto, que el hombre se crea a sí mismo.

Este libro nos introduce en el conocimiento de las profundas transformaciones que en la política, la religión y la ciencia se han iniciado recientemente; un libro, en definitiva, que nos demuestra que «entre el pasado y el presente no existe ningún abismo y, por consiguiente, nada de lo que ha sido «antes» se pierde «ahora» por completo. Quizá la ecuación que este libro no resuelve y, probablemente, ningún otro sea el de determinar exactamente por qué el hombre hace cosas tan diversas: ciencia, filosofía, poesía, religión, arte...—JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA.